prosternan ante tí en el polvo; los sublimes serafines te contemplan en el esplendor de tu poder y leen tus órdenes eternas en tu divina frente. ¡Oh Jehová! ¡Cúmplase tu voluntad!»

Dijo; y su mirada sigue de lejos al Eterno, que se acerca ya á la espesa atmósfera de la Tierra.

Desde lo alto de su carro de fuego, flotante sobre una masa de nubes amontonadas como montañas inmensas, Elohá descubre al Mesías, se detiene, hace bramar al trueno, y dice:

—«Tu poder, ¡oh Hijo del Eterno! es infinito, pues sientes la fuerza necesaria para soportar el decreto que va á pronunciar tu Padre. ¡Ah! ¡si yo pudiera hacer llegar á los hombres un rayo de esta luz que aclara los misterios del infinito!... Prostérnate, Elohá y adora en silencio..... Hijos de la Tierra, regocijaos: muy pronto vuestra dicha será igual á la de los serafines.»

Elohá calla, extiende su brazo sobre la Tierra, y la bendice con el pensamiento.

El Eterno llega al monte de las Olivas envuelto en esa hora solemne de la noche que el bronce anuncia con doce gemidos misteriosos. A través de este velo transparente para todo el que no es mortal, ve la Tierra cubierta de pecados, y erizada de altares erigidos á los dioses falsos. Los crímenes pasados y los crímenes futuros salen de los abismos, á donde arrastran á las generaciones que manchan, mientras que la severa mano de la conciencia los conduce al pié del tribunal supremo. Un murmurio lamentoso desciende del Cielo; en las trémulas alas del viento llegan los suspiros de la virtud que padece sobre la Tierra, y los gemidos de las víctimas que expiran en los campos de batalla. El trueno presta su voz á la sangre inocente, á la sangre de los

mártires, y clama venganza á través de los espacios infinitos.

¡Dios piensa!... Su mano sostiene el Universo pronto á reducirse á cenizas, á perderse en la inmensidad. Vuélvese hácia Elohá: el serafin comprende al Eterno, y sube al punto á los Cielos; pero su mirada queda fija en el monte de las Olivas: su mano eleva la terrible trompeta que debe despertar un dia á los muertos de todos los siglos, y tres veces le arranca sonidos que estremecen toda la Tierra. A esta espantosa llamada, el serafin añade estas palabras:

—«En nombre del que tiene las llaves de la inmensidad, del que da las llamas al Infierno y la omnipotencia á la muerte, ¿hay bajo los Cielos un ser que quiera comparecer ante Él en lugar del género humano? Si existe, que venga: ¡Dios le llama!»

A la voz del ángel, el Mesías, en pié sobre el monte de las Olivas, se estremece, avanza, y entra en el santuario donde el Eterno le espera.

Si yo tuviera la penetracion de los profetas y la voz de los serafines; si la trompeta del último juicio estuviera á mis órdenes para repetir los pensamientos divinos, entonces acaso tendria aliento para cantarte, Salvador del mundo, cuando luchaste contra la muerte, contra la cólera de tu Padre, inexorable para tí por amor á nosotros. ¡Espíritu del Padre y del Hijo! soy un débil mortal; pero alumbra y guia tú mi pensamiento, y á pesar de mi insuficiencia, veré y cantaré los padecimientos y la agonía de un Dios.

El Mesías se ha prosternado en el polvo formado por los huesos de los hijos de Adam, muertos en el pecado; ve el Infierno entre su Padre y él; gime, combate, lucha contra la muerte, contra la nada... La inmensidad de los pecados de todos los siglos le abruma. Agitado por los terrores de la

agonía, su sangre circula con más viveza, y su frente y su rostro se inundan de ámplias gotas rojas y brillantes.

No fué un sudor ordinario el que empapó los miembros del Mesías, cuando padeció por nosotros: el sudor frio, que corrió por su cuerpo mortal, fué un sudor de sangre.

Recobrando luego el sentimiento de su divinidad, Jesús se levanta del polvo; sus lágrimas se mezclan con la sangre que baña sus mejillas, y fijando en el Cielo sus ojos, ora en alta voz:

«El mundo, ¡oh Padre mio! no era aun. Apenas lo habíamos hecho salir de la nada, cuando vimos morir al primer hombre, y muy luego cada segundo fué marcado por la muerte de un pecador... Siglos enteros corrieron así cargados con tu maldicion. Pero llegó, en fin, la hora solemne de los sufrimientos misteriosos; la hora señalada por nosotros antes que el Universo se pusiera en movimiento para su marcha eterna, antes de que la muerte inmolara sus víctimas. Vosotros los que dormís en Dios, yo os saludo; os saludo en el fondo de vuestras silenciosas sepulturas... Ya os despertareis... ¡Ah! ¡cuánto sufro en este momento, cargado con el peso de vuestras fragilidades; porque yo tambien he *nacido*, yo tambien he de morir!

«Tú, que suspendes sobre mi cabeza tu brazo de juez; tú, que estremeces mis huesos de polvo, ¡oh Padre mio! acelera esa terrible hora, házmela más rápida. Sobre mí has derramado esa amarguísima copa llena de tu cólera. Aun queda una gota de amargura; apártala de mí. Estoy solo, estoy aislado de los ángeles, y de los hombres, que me son más caros aun; de los hombres, mis hermanos, ¡y soy rechazado por tí! Padre celestial, al juzgarnos, dígnate acordarte de que somos los hijos de Adam, y de que yo soy tu Hijo. Pero *¡hágase tu voluntad, y no la mia!*»

Así habla el Mesías: su vacilante diestra se apoya en la noche, y el dia huye á su siniestra. Las horribles imágenes de una muerte eterna pasan ante sus ojos; las almas malditas maldicen á la omnipotencia, y los bramidos de las cataratas de que emanan los terrores infernales, y los rumores de los rios que invitan pérfidamente al engañoso sueño de la nada, salen de las entrañas de la Tierra. El inmenso gemido de la desesperacion acusa á la creacion ante el Creador, maldiciendo el pasado, el presente y el porvenir.

El Hombre-Dios ha comprendido este gemido.

Adramelech, que se habia acurrucado sobre una roca, negra como él, aparta por un momento su mirada de Jesús, y la deja caer sobre la Tierra, donde se ve una de las víctimas que él ha inducido á derramar su sangre con sus propias manos. Los gritos de desesperacion del suicida, los gemidos que le arranca el remordimiento, demasiado tardío ya, hacen resonar las colinas del contorno. Precedido de estos desgarradores sonidos, el Príncipe de los Infiernos deja su roca. Su semblante fulgura ódio y orgullo; su pensamiento sondea el abismo de las maldiciones, y su boca va á pronunciar palabras amenazadoras como el lejano rumor del trueno, sarcásticas como los consuelos que los demonios dirigen á los réprobos; cuando el Mesías pára en él su mirada, en que brilla la majestad imponente y terrible del juez supremo, y Adramelech retrocede con espanto.

Sin embargo, aun cree poder dominar á su Señor; y llamando en su auxilio una nube de vapores infernales, se eleva con ella en el espacio; pero muy luego se disipa este engañoso apoyo, y el Príncipe de las tinieblas cae sin fuerza ni movimiento á los piés del Mesías. Entonces no ve ya

ni tierra ni espacio, ni aun al Mesías; y vencido y temblo-roso, huye sin saber adonde.

El Hijo del Eterno ha dejado la humilde actitud del peca-dor, y se acerca á sus dormidos discípulos. Viendo otra vez hombres, hermanos, se siente consolado de las amarguras que acaba de pasar.

Los serafines saben que la obra de la redencion toca á su instante supremo, porque ya en otro tiempo les habia dicho Elohá:

«Cuando las tempestades salgan de los dos polos á la vez; cuando en sus inmensas órbitas bramen los mundos como las olas de un mar embravecido; cuando las estrellas estre-mecidas remonten las parábolas del infinito; cuando sin-tais vacilar en vuestras cabezas vuestras coronas de oro, y vuestras celestes alas velarse con una parduzca nube, entonces comenzarán para el Hijo del hombre las angustias de la redencion.»

Y todos estos pronósticos son realidades ya, y los Cielos cantan:

«La primera hora de prueba ha pasado; ha pasado la primera hora de los sublimes sufrimientos que dan la paz la Universo.»

Así cantan los Cielos.

El Mesías, en pié ante sus discípulos dormidos, los con-templa en silencio.

—«Pedro, amigo mio, dice al fin: ¡duermes, mientras mi alma está llena de mortales angustias! ¿Ni una hora puedes velar conmigo? Bien querrias hacerlo tú, ya lo sé; pero eres hijo de la Tierra, y su grosero polvo te domi-na aun.»

El Mesías vuelve luego á ofrecer al Juez inexorable su inocente cabeza, cargada con todos los pecados del mundo.

Envuelto en el oscuro velo de la noche, Abbadona, como una sombra fugaz, pasa por encima de las montañas que se elevan al Occidente de Sion: su inquieta mirada busca al Mesías, y las palabras que murmuran sus trémulos labios prueban que teme casi tanto como desea encontrarle.

—«¡Yo, dice, yo, mísero ángel caido, oso aspirar á la dicha de contemplar al Hijo del Eterno! ¡Culpable audacia! Pero ¿qué puedo temer, cuando el mismo Satanás ha podido verle impunemente? Y ¿dónde podré encontrarle?... He recorrido todos los desiertos, he subido á la fuente de todos los rios, mi tímido paso ha turbado la severa soledad de los sombríos bosques y el dulce silencio de las alegres florestas. He dicho al cedro: Si tus ramas le dan sombra, dígnate hacérmelo saber con tu murmullo. He dicho á las montañas inclinadas sobre el abismo: Inclinaos hácia mi rostro bañado de lágrimas, si el Mesías duerme en alguno de vuestros senos. Después me he dicho á mí mismo: La tierna solicitud de su Padre le conduce sin duda á través de las nubes matutinas, ó bien la sabiduría y la medita-cion le retienen bajo bóvedas subterráneas. Y sin embargo, no le he encontrado en las nubes, ni en el seno de la Tier-ra. ¡Ah! soy indigno de embriagarme en tu sonrisa de misericordia: tú no redimes sino á los hijos de Adam; para el ángel caido no hay redencion, no hay esperanza ninguna.»

Dijo, y muy luego descubre á los discípulos dormidos. Admirado de la belleza y juventud de Juan, se aproxima á él; pero sobrecogido de un santo respeto, reconociendo en tan dulce semblante el reflejo de la Divinidad, se detiene temblando, y su pensamiento se dirige al discípulo:

—«¿Eres tú el Hijo del hombre? ¡Oh! sí, debes de serlo, porque brilla en tu rostro un alma divina. ¡Cuán tranquilo

es tu sueño! Ese sublime reposo es propio de la virtud: ¡el desgraciado Abbadona no puede ya nunca conocerlo!...»

Pedro se despierta, y volviéndose á Juan, le dice:

—«Hermano mio: ¡qué sueño tan cruel he tenido! Jésús estaba delante de mí, y me miraba con ojos severos. He querido hablarle; pero ha desviado el rostro de mí, como si me hubiera hecho indigno de su amistad.»

Oyendo estas palabras, el ángel caido se entrega á una profunda y dolorosa meditacion.

De repente, una voz lamentosa, traida en alas de la noche á través del silencio de la naturaleza, viene á herir sus oidos. Abbadona se dirige hácia el valle de Gethsemaní, de donde parte esta voz: á medida que avanza, le parece más triste y desgarradora.

—«Así gimen los moribundos, dice para sí: ese desgraciado es sin duda algun viajero extraviado, que habrá caido bajo la mano de un asesino. Acaso aceleraba su marcha por en medio de estos valles tenebrosos, para llegar más pronto á su vivienda, donde le esperaban las dulces caricias de su familia, cuando el hierro del asesino le habrá herido. Su alma acaso era noble y pura, y su vida una série de acciones virtuosas. ¿Me acercaré á ese desgraciado, yo, príncipe de los Infiernos? No, no; no podria ver sin estremecerme una víctima de las pasiones criminales, que fermentan en el fondo del tenebroso imperio, y se desbordan sobre la Tierra para perder al género humano. ¡Terribles torturas! Toda la sangre inocente que los hijos de Adam han derramado desde la caida de su padre, toda la sangre inocente que derramen aun hasta el fin de los tiempos, toda esa sangre pesará sobre mi cabeza: la oigo clamar venganza al Eterno, y veo al Eterno castigar sin misericordia... Quiero saciarme de desesperacion, quiero contemplar

los huesos de los hijos de Dios, pues yo tambien he trabajado en su perdicion. ¡Silencio del sepulcro, ante tí retrocede mi pensamiento con espanto! Y sin embargo, no será en medio de ese silencio como un dia se me aparecerá el Juez supremo. Su paso es el rayo que hiere; su palabra es el rayo que aniquila.»

Siguiendo la direccion de la voz que tan profundamente le conmueve, Abbadona se ha acercado al Mesías, y le ve prosternado en el polvo, luchando con las angustias de la agonía.

En este momento, Gabriel sacude la nube que lo velaba, y se inclina hácia Jesús: lágrimas divinas brillan en los ojos del serafin, y su oido, que desde el punto más remoto del infinito oye el paso del Eterno y los rumores de los astros que se inclinan ante él, siente correr la sangre del Mesías por sus venas contraidas por el dolor; cuenta los latidos de su corazon, cuenta sus gemidos y sus plegarias, y su pensamiento inmortal comprende los padecimientos de la redencion. Incapaz de soportar por más tiempo la vista de estos padecimientos inauditos, eleva al Cielo su rostro inundado de lágrimas, y pide gracia para el Mesías.

De repente, legiones de ángeles rasgan las nubes, y unen sus ruegos á los ruegos de Gabriel.

Abbadona los ve, y una sombría desesperacion le hace sentir más vivamente que nunca su caida. Un solo instante detiene su vista en Jesús, que levanta lentamente el rostro bañado en sudor de sangre, y esta vista pone el colmo á su desesperacion.

—«Tú, exclama, tú que sufres aquí torturas que la lengua de los inmortales no podria describir, ¿eres un hijo del polvo? ¿eres un maldito que reconoce demasiado tarde que hay una justicia en el Cielo?... No, no, tu forma

humana brilla con esplendor divino; tu mirada se eleva por encima de las tumbas de esta tierra y las nubes que les sirven de cúpula... Hay en tí un misterio, cuya profundidad no puede sondearse. Un pensamiento rápido como el relámpago, amenazador como el huracan, se despierta en mí. ¡Huye, huye, pensamiento terrible! no eres más que un espectro engendrado por mi terror. No, no es este el Hijo del Eterno, que ví yo sentado á la diestra de su Padre; no, no es este el Hijo del Eterno, que invulnerable y sin piedad cayó sobre los ángeles rebeldes, y los precipitó en el abismo; no, no es este el Hijo del Eterno, á quien he visto yo en pié sobre su fúlgido carro. Las tinieblas y la muerte rugian bajo sus piés, y la venganza y la destruccion se escapaban de sus ojos. Aun parece que le veo cuando me lanzó una de sus terribles miradas. Todos los abismos del infinito se estremecieron, y ya no ví yo nada ni oí nada sino tinieblas y maldicion.

«¡Y aquel vencedor sin piedad habia de ser ese hombre prosternado en el polvo, teñido en la sangre que mana de todos sus poros! Yo he agotado todos los dolores, mi cuerpo está señalado con todos los estigmas de la condenacion; y sin embargo, son nuevas para mí las angustias que lo torturan... Ante ese hombre el terror estremece hasta la médula de mis huesos. Sí, todo en él es misterio y maravilla...

«¡Dulces recuerdos de los Cielos! ¿me habeis abandonado para siempre? ¿No podré despertar uno solo de vosotros? ¡Oh! sí, me parece que en otro tiempo oí anunciar un misterio sublime. En los mismos Infiernos se ha hablado de él, y Satanás se ha esforzado inútilmente en hacer sobre esto una absurda fábula. ¡Ese hombre, que parece así agoviado por todos los dolores y padecimientos de la Tierra, no es un simple mortal! Un coro de ángeles le rodea; la naturaleza

entera, como santificada por un pensamiento divino, gime y ora. ¡Ah! por fin te reconozco, Salvador del mundo; ¡no vuelvas tus ojos hácia el desdichado Abbadona! El horror que te causaria su vista, te haria acaso remontar tu vuelo demasiado pronto hácia tu trono, y habria causado yo segunda vez la perdicion del género humano.

«Sin embargo, tú lees en el fondo de mi alma, tú ves mis tormentos, pero no te conmueven: eres el Mesías de los hombres. ¡Ah! si te hubieras dignado hacerte serafin; si padecieras así por redimir á los ángeles caidos, ¡oh! entonces me seria permitido dirigirte mis cantos de amor y gratitud.

«¡Hijos de Adam! pues que por vosotros muere, adorad la sangre que va á derramar por vosotros. Si alguna vez llegais á profanarla, yo romperé las entrañas de bronce de los Infiernos; yo me precipitaré á los piés de vuestro mediador, y le diré en voz inteligible á los Cielos y á los mundos: Los pecadores que tú has querido redimir, rechazan tus beneficios; que aprovechen al menos á los ángeles caidos. El Infierno puede aborrecerte, pero el desgraciado Abbadona te adora. ¿No echarás nunca sobre su arrepentimiento una mirada de misericordia? Sus lágrimas de sangre, ¿correrán siempre desapercibidas? No se atreve á pedirte gracia; pero cansado de su inmortalidad, te suplica que lo sometas á la muerte.»

Espantado de la atrevida esperanza que acaba de sorprenderle, Abbadona huye poseido de terror.

Jesús, prosternado en el polvo, se levanta segunda vez; vuélvese hácia sus discípulos, aun dormidos, y los Cielos cantan:

«La segunda hora de prueba ha pasado; ha pasado la segunda hora de los sublimes sufrimientos que dan la paz al Universo.»

Así cantan los Cielos.

El Eterno tiene aun la balanza terrible: el eco del Cielo repite palabras de muerte y maldicion, y ninguna de misericordia, de gracia, de esperanza. Profundas tinieblas pesan sobre la Tierra. Así pesarán sobre el Universo la última noche, y el último dia que la seguirá de cerca, y el llamamiento del ángel, y el confuso rumor de los recien nacidos del sepulcro.

El Mesías se encorva por tercera vez bajo la poderosa mano que le hace expiar los pecados del mundo, como el cordero se retuerce en el altar, donde el sacrificador lo inmola; como Abel, llamando en vano á su padre en su auxilio, cayó bajo los golpes de una mano querida.

Velado con una sombria nube, Elohá está al pié del monte de las Olivas. El trueno brama, y mujen las aguas del Jordan: á través de este imponente ruido, el Eterno envia sus órdenes al serafin, que se dirige al punto hácia el Mesías. El frio viento de la noche le lleva los sofocados suspiros del Hombre-Dios, y muy luego le ve arrojado en tierra, víctima del más acerbo dolor. Ante la Divinidad así torturada, Elohá siente desvanecerse su esplendor de ángel, y viene á quedar como un simple mortal. Jesús vuelve á él sus moribundos ojos, y bajo la influencia de esta divina mirada, el serafin recobra al instante su fuerza y esplendor. Y elevándose sobre una nube de oro, extiende sus celestes alas sobre el Mesías.

—«¡Hijo del Eterno! dice: tu mirada divina me ha hecho digno de tí; ella me ha iniciado en el secreto de los Cielos, á mí, que no soy más que un soplo efímero del Espíritu Creador, una gota de rocío en el océano del infinito. Semejante á esos soles que se levantan para iluminar los granos de arena que nadan en el espacio, y que se llaman mundos,

yo debia servir al cumplimiento de tus designios sin conocerlos, y tú me has hallado digno de revelarme tu pensamiento. ¡Bendita seas, mirada inmensa de mi divino Señor, que me has elevado por encima de mi ser, acercándome al Increado! Los hijos de Adam conocerán la felicidad que me inunda, cuando hayas obligado á la muerte á depositar á tus piés su espada de fuego.

«Sí, cuando acaben el mundo y el tiempo, cuando comience la eternidad, entonces solamente comprenderá la raza humana el misterio de la redencion, su felicidad, tu amor y tu gloria.»

Entre tanto las angustias del Mesías aumentan, y el coro de serafines desaparece. Solo Elohá permanece inmóvil, y se vela el rostro.

Tres veces habla el Eterno, y tres veces la Tierra estremecida se lanza para perderse en el espacio; pero tres veces el Eterno la retiene.

El Hijo del Hombre se levanta del polvo; ha vencido, y los Cielos cantan:

«¡La tercera hora de prueba ha pasado; ha pasado la tercera hora de los sufrimientos sublimes que dan la paz al Universo!»

Así cantan los Cielos, y Jehová vuelve á su trono.